

Homilía de XVII Domingo del Tiempo
Ordinario

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“Seguidme y os haré pescadores de hombres”

Introducción

Este domingo os ofrecemos las pautas homiléticas para la Solemnidad del Apóstol Santiago y las pautas del XVII Domingo del T.O. para aquellos lugares donde Santiago no se celebra como solemnidad.

Solemnidad de Santiago Apóstol

En el 2º Año Santo Compostelano del tercer milenio, el Sr. Arzobispo de Santiago, D. Julián Barrio, en su Carta Pastoral anunciando el evento, nos introduce en su fiesta con estas palabras: *“Han sido millones de cristianos, peregrinos anónimos, que en la soledad de la peregrinación y de sus incontables penalidades, fueron los protagonistas del Camino que ha vertebrado la realidad de Europa. Como ayer y también hoy, ‘Santiago es la tienda del encuentro, la meta de la peregrinación, el signo elocuente de la Iglesia peregrina y misionera, penitente y caminante, orante y evangelizadora, anunciando la cruz del Señor hasta que vuelva. Compostela, hogar espacioso y de puertas abiertas, quiere convertirse en foco luminoso de vida cristiana, en reserva de energía apostólica para nuevas vías de evangelización, a impulsos de una fe siempre joven’ (Juan Pablo II). La memoria del pasado, el compromiso del presente y la esperanza del futuro son las fibras con que tenemos que ir tejiendo la túnica de nuestra existencia cristiana. El peregrino, en cuanto que rehúsa a ‘centrarse en sí mismo’, pretende entablar una comunión vertical y horizontal, encontrar su centro en la comunión con Dios y –ligado a ello- con los hermanos” (n .80, pp. 112-113).*

XVII Domingo T.O.

Orar es contactar con Dios en amistad, en filiación. Contactar para dar culto, para dar gracias, para agradecer, para pedir. Oración no es un concepto unívoco, sino análogo. Caben muchas modalidades, muchas intenciones. Pero, sólo cabe un marco de referencia: oro porque me siento hijo de Dios, con toda la carga que la filiación entraña; oro, porque Dios es mi Padre, con toda la profundidad que la paternidad encierra; oro, porque me fío de Dios, confío en Dios, con todo el calado personal que la confianza implica.

Jesús oraba con frecuencia. Y los discípulos le dijeron que también ellos querían orar, que les enseñara. Juan también había enseñado a orar a sus discípulos. Y, por ellos, Jesús dictó una de las páginas más consoladoras del Evangelio.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 18, 20-32

En aquellos días, el Señor dijo: «El clamor contra Sodoma y Gomorra es fuerte y su pecado es grave: voy a bajar, a ver si realmente sus acciones responden a la queja llegada a mí; y si no, lo sabré». Los hombres se volvieron de allí y se dirigieron a Sodoma, mientras Abrahán seguía en pie ante el Señor. Abrahán se acercó y le dijo: «¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable? Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás el lugar por los cincuenta inocentes que hay en él? ¡Lejos de ti tal cosa!, matar al inocente con el culpable, de modo que la suerte del inocente sea como la del culpable; ¡lejos de ti! El juez de toda la tierra, ¿no hará justicia?». El Señor contestó: «Si encuentro en la ciudad de Sodoma cincuenta inocentes, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos». Abrahán respondió: «Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza! Y si faltan cinco para el número de cincuenta inocentes, ¿destruirás, por cinco, toda la ciudad?». Respondió el Señor: «No la destruiré, si es que encuentro allí cuarenta y cinco». Abrahán insistió: «Quizá no se encuentren más que cuarenta». Él dijo: «En atención a los cuarenta, no lo haré». Abrahán siguió hablando: «Que no se enfade mi Señor si sigo hablando. ¿Y si se encuentran treinta?». Él contestó: «No lo haré, si encuentro allí treinta». Insistió Abrahán: «Ya que me he atrevido a hablar a mi Señor, ¿y si se encuentran allí veinte?». Respondió el Señor: «En atención a los veinte, no la destruiré». Abrahán continuó: «Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más: ¿Y si se encuentran diez?». Contestó el Señor: «En atención a los diez, no la destruiré».

Salmo

Sal 137, 1-2a. 2bc-3. 6-7ab. 7c-8 R. Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca; delante de los ángeles tañeré para ti; me postraré hacia tu santuario. R/. Daré gracias a tu nombre: por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera tu fama. Cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. R/. El Señor es sublime, se fija en el humilde, y de lejos conoce al soberbio. Cuando camino entre peligros, me conservas la vida; extiendes tu mano contra la ira de mi enemigo. R/. Tu derecha me salva. El Señor completará sus favores conmigo. Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Colosenses 2, 12-14

Hermanos: Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él, por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó de los muertos. Y a vosotros, que estabais muertos por vuestros pecados y la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó con él. Canceló la nota de cargo que nos condenaba con sus cláusulas contrarias a nosotros; la quitó de en medio, clavándola en la cruz.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 11, 1-13

Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos». Él les dijo: «Cuando oréis, decid: “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu

reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en tentación». Y les dijo: «Suponed que alguno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle”; y, desde dentro, aquel le responde: “No me molestes; la puerta ya está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos”; os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por su importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Pues yo os digo a vosotros: pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le dará una serpiente en lugar del pez? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden?».

Comentario bíblico

XVII Domingo T.O.

Iª Lectura: Génesis (18,20-32): Interceder ante Dios en beneficio de los otros

I.1. La primera lectura de este domingo es la continuación del anterior. Se trata del célebre relato de la destrucción de Sodoma y Gomorra, las ciudades con fama de depravadas en el valle del Siddim, en el sur del Mar Muerto. Es un relato que se ha prestado a todo tipo de hipótesis arqueológicas en torno a esa depresión del valle del Jordán, que es uno de los fenómenos más originales de la naturaleza, a 400 metros bajo el nivel del Mediterráneo. La Biblia lo llama el yâm hammélah (mar de la Sal), y popularmente se le conoce por Muerto, desde el tiempo de los griegos, porque no hay vida, debido a la gran densidad de sal.

I.2. Todo esto explica la leyenda de este lugar, de la estatua de sal de la mujer de Lot y otros pormenores. Probablemente es una leyenda para explicar lo terrible de la vida allí, aunque la industria de todos los tiempos ha logrado del asfalto y otros minerales sus beneficios. Pero la lectura de hoy viene para poner de manifiesto la intercesión de Abrahán a Dios por los justos, por sus familiares. Es una explicación de cómo el hombre de todos los tiempos, y muy especialmente el de la antigüedad recurre a lo divino frente a las leyes de la naturaleza que se presenta tan atroz en momentos determinados.

IIª Lectura: Colosenses (2,12-14): El bautismo: sumergirse en la vida de Cristo

La carta a los Colosenses prosigue con su mensaje. En este caso es un texto bautismal, una pequeña catequesis sobre el bautismo cristiano, sobre el efecto de este sacramento: nos incorpora al misterio de Cristo, a su muerte y resurrección. Es un mensaje que se parece mucho al de Rom 6. Dios nos da la vida en Cristo y esto se expresa en la mediante el bautismo.

Evangelio: Lucas (11,1-13): Dios como Padre: ¡un misterio de intimidad!

III.1. El evangelio de Lucas nos ofrece hoy uno de los pasajes más bellos y entrañables de ese caminar con Jesús y de la actitud del discipulado cristiano. En Lucas, el Padrenuestro se halla dentro del marco de un catecismo sobre la oración (11, 1-13). Está dividido en cuatro partes y abarca: la petición «¡Enseñanos a orar!», juntamente con el Padrenuestro (11, 1-4); la parábola del amigo que viene a pedir, y que Lucas entiende como exhortación a ser constantes en la oración (11, 5-8); una invitación a orar (11,9s) y la imagen del padre generoso, que es una invitación a tener confianza en que se nos va a escuchar (11,11-13). Ya sabemos que el Padrenuestro está en Mateo (6,9-13) y que se ha tomado, en ambos casos, de la fuente de los profetas itinerantes de Galilea que conservaron los dichos de Jesús (fuente o evangelio Q). Pero esta catequesis de la oración, tal como la tenemos en el conjunto, se la debemos a Lucas que es el evangelista que más ha

valorado este aspecto de la religión e identidad cristiana.

III.2. Cuando Jesús está orando, los discípulos quieren aprender. Sienten que Jesús se transforma. Jesús, en el evangelio de Lucas, ora muy frecuentemente. No se trata simplemente de un arma secreta de Jesús, sino de una necesidad que tiene como hombre de estar en contacto muy personal con Dios, con Dios como Padre. Todos conocemos cuál es la oración de Jesús, y cómo esa oración no se la guarda para sí, sino que la comunica a los suyos. Por lo mismo, la predicación de Jesús ha de revelar el sentido del Padrenuestro. Este es el primer fundamento en que se basa la explicación que se ha de dar. Sólo el que vive en el Espíritu de Jesús, quiere decir Lucas, sabrá rezar el Padrenuestro con el espíritu de Jesús. Y sólo sabrá rezarlo quien sepa escuchar primeramente la predicación de Jesús.

III.3. Debemos notar que el Padre es "la oración específica del discípulo de Jesús", ya que Lucas nos dice con claridad que los discípulos se lo han pedido y él les ha enseñado. Y los discípulos se lo pidieron para que ellos también tuvieran una oración que los identificara ante los demás grupos religiosos que existían. En consecuencia es una oración destinada para aquellos que "buscaron" el Reino de Dios, con plena entrega de vida; para aquellos que convirtieron el Reino de Dios en el contenido exclusivo de su vida. Pues cuando Jesús nos enseña cómo y qué es lo que hemos de orar, entonces nos está enseñando implícitamente cómo deberíamos ser y vivir, para poder orar de esta manera.

III.4. No podemos entrar en los pormenores exegéticos del Padrenuestro que ha logrado el consenso de muchas lecturas distintas, diferentes, originales, extraordinarias. No es que Jesús inventara la invocación de Dios como "Padre"... pero es quien la pone sobre la mesa de la experiencia religiosa de su tiempo, con sentido de reto, de cómo debemos entender a Dios y de cómo debemos relacionarnos con Él. Las diferencias entre Mateo y Lucas inclinan la balanza a un texto más primitivo en el caso de nuestra lectura de hoy: corta, directa, menos estructurada, pero más intimista y radical; quizás más cercana a la experiencia de Jesús tal como se la escucharon sus discípulos.

III.5. ¿Qué significa Padre (Abba)? No es un nombre de tantos para designar a Dios, como ocurría en las plegarias judías. Lo de Lucas, pues, no es más que el original arameo de la invocación de Jesús. Y era la expresión de los niños pequeños, con la significación genuina de "Padre querido". Así, pues, Jesús habla con Dios en una atmósfera de intimidad verdaderamente desacostumbrada. Y enseña a sus discípulos a hacer otro tanto. Toda la predicación de Jesús está confirmando esto mismo. Jesús, con palabras estimulantes, alienta a que los discípulos estén persuadidos previamente en la oración de una confianza sin límites. No se trata, pues, de un título más, frío o calculado, sino de la primera de las actitudes de la oración cristiana. Si no tenemos a Dios en nuestras manos, en nuestros brazos, como un padre o una madre, tienen a su pequeño, no entenderemos para qué vale orar a Dios.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Este domingo os ofrecemos las pautas homiléticas para la Solemnidad del Apóstol Santiago y las pautas del XVII Domingo del T.O. para aquellos lugares donde Santiago no se celebra como solemnidad.

Solemnidad de Santiago Apóstol

Los orígenes

Viviendo a la vera del "camino", en un pueblo que nació por el "camino" y se bautizó con su mismo nombre, uno en lo primero que piensa, por propensión e inclinación connatural, es en Compostela y Zaragoza. Pero, no es así. Esta "cosa" también empezó en Galilea, junto al lago, al lado del mar. Los primeros en ser llamados fueron dos paisanos de Santiago, Simón y Andrés, que en medio de sus quehaceres habituales, fueron llamados por Jesús: "Seguidme y os haré pescadores de hombres" (Mt 4,19), y, dejándolo todo, le siguieron. No mucho más tarde, fue cuando se encontró Jesús con Santiago y su hermano Juan, que estaban con su padre Zebedeo: "Los llamó y ellos, dejando la barca y a su propio padre, le siguieron" (Mt 4,21-23).

Santiago, el del evangelio

Santiago se manifiesta en el Evangelio como uno de los discípulos predilectos de Jesús. Aparece junto a él en momentos importantes, algunos decisivos: en casa de Simón Pedro, cuando realiza la curación de la suegra de éste, están con él solamente Santiago y Juan; en casa de Jairo, Jesús, junto a los padres de la joven muerta, únicamente permite entrar a Santiago y a Juan; en la Transfiguración, Jesús llama de nuevo junto a sí a los tres discípulos predilectos; finalmente, al acercarse la Pasión, Jesús se lleva consigo al monte de los olivos a los mismos que ha favorecido en los otros momentos puntuales. Santiago, además de dejar “a su propio padre” como nos dice expresamente el evangelio, también dejó a su madre, pero ella, según el mismo evangelio, no le dejó a él ni a Jesús. Salomé, la madre de Santiago, aparece en el Calvario con el nombre de “la madre de los hijos del Zebedeo”. Era una de las distinguidas señoras que, juntamente con María Magdalena y Juana, la mujer del administrador de Herodes, y otras varias, seguían a Jesús en sus viajes y le servían de sus haciendas, como apunta San Lucas (8, 3). Entre el grupo de mujeres que contemplaban a Jesús en la cruz, menciona San Marcos especialmente a María Magdalena, María, la madre de Santiago el menor y de José, y a Salomé; las cuales cuando estaba en Galilea le seguían y servían (15, 40). Y eran precisamente las tres mujeres que en la madrugada del domingo de Resurrección, compraron aromas para ir a unguir a Jesús, lo cual supone que disponían de dinero, a juzgar por el precio del ungüento que, en reciente ocasión, había indignado –o así lo fingió– a Judas. Santiago predicó en Judea y en Samaría. En la persecución contra los cristianos desencadenada por Herodes Agripa, Santiago fue la primera víctima. Esta fue la preferencia en el nuevo reino. Es el único apóstol cuya muerte violenta se relata en la Escritura. Sucedió en la Pascua del año 42.

Clase particular de Jesús en dos tiempos

La primera nos la presenta Mateo subiendo hacia Jerusalén cuando sucede el episodio que hemos escuchado. Les habla con una claridad meridiana de su próxima muerte, sin omitir ningún detalle por doloroso o escalofriante que parezca. Les anuncia también su resurrección. Y añade Mateo: “entonces” -cuando les estaba dando la lección-, se le acercó la madre de los Zebedeos con sus hijos y le hizo una petición. La petición la conocemos todos. Como también conocemos la reacción indignada de los otros discípulos ante el descaro y atrevimiento de la madre que pide y ante el temor de verse desbancados por los hijos de la peticionaria. Nueva lección privada de Jesús a los suyos, a aquellos hombres que conviven con él y que, sin embargo, no arrancaban de su corazón lo que está tan arraigado en el de todos los hombres: el afán de figurar, de estar cerca de quien manda, de participar en el poder, de ser alguien. Nueva lección privada a aquellos hombres que llevaban mucho tiempo recorriendo los caminos de su tierra con Jesús y le habían oído decir que no tenía donde reclinar su cabeza. Pero, a pesar de esto, esperaban un reino, un reino inmediato en el que querían asegurarse el mejor puesto. Nueva lección, una más, para aquellos hombres que no serían capaces de comprender que el reino que él anunciaba no tenía nada que ver con los reinos que ellos conocían y deseaban. Esta es la lección: Tendréis el puesto, pero por caminos distintos a los que imagináis; tendréis la gloria de ese puesto, pero será absolutamente distinta de la que ambicionáis. Porque ese reino que Jesús inaugura es un reino de libertad, de madurez, de servicio, de interioridad, de la elección consciente, de la entrega personal y reflexiva. Nunca un reino de coacción, de órdenes y mandos, de imposiciones y dictaduras.

La segunda fue más particular. La aspereza e impetuosidad de su carácter, como la de su hermano, le atrajo el apelativo de “boanerges”, hijo del trueno. Y no sin razón. Unos samaritanos no recibieron bien a Jesús y a los suyos. Los dos hermanos “boanerges” se enfadaron hasta pedir un correctivo inmediato y drástico: que bajara fuego del cielo y los consumiera. Obraban a impulsos naturales, primitivos. También en este caso se puede decir que “no sabían lo que pedían”. Porque es imposible entender las cosas de Dios con criterios humanos. Lo supieron más tarde. Como sus compañeros, volvían a casa contentos después de haber sido azotados por haber sido encontrados dignos de sufrir por el nombre de Jesús.

Santiago, el de la tradición

Según una antigua y venerada tradición, Santiago vino a España a predicar el evangelio. A él se deberían la fundación de las primeras iglesias y la base y fundamento de nuestra fe. Siempre según la tradición, envuelta en belleza, poesía y la más honda ternura, se muestra a Santiago, cansado y abatido, a orillas del Ebro, junto a un hito o pilar, donde se hace presente la Santísima Virgen, que vivía todavía, para animarle y entregarle las fuerzas que necesitaba para continuar y acabar la evangelización que había comenzado. Hoy lo más llamativo, sin duda alguna, es el auténtico fenómeno, de no fácil interpretación, del camino, de los caminos, por Santiago, a Santiago de Compostela. Antes esto tenía lugar en los años santos compostelanos, como el que celebramos este año. Pero, de un tiempo a esta parte, todos los años son

santos. Y los peregrinos fluyen de todas partes, tanto de Europa como de América y Asia, inundando los caminos que conducen a Santiago. ¿Qué van buscando? Algunos, los más, conversión, purificación, santificación. Otros puede que no lo sepan con claridad. Pero el hecho es que todos son buscadores de silencios que se han puesto en camino, en los caminos, de Santiago, a la búsqueda de lo que todo “homo viator” ansía y necesita.

XVII Domingo T.O.

Tanto la primera Lectura como el Evangelio se refieren a la oración en su modalidad de petición. Y surgen de inmediato dos preguntas: ¿Orar sí, pero pedir? “Vuestro Padre conoce las cosas de que tenéis necesidad antes que se las pidáis” (Mt 6,8). ¿Para qué, entonces? Dios no es ningún fontanero a quien acudimos para que repare lo que, pensamos, hizo o hace defectuosamente. Más todavía, no podemos pedir lo que él ya nos ha dado potencialmente, aquello que nos corresponde a nosotros. Hay un texto en el Éxodo que se puede interpretar en este sentido: “Yahvé dijo a Moisés: ¿A qué esos gritos? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha” (Ex 14,15). Que se dejen de pedir, de gritar, y que se pongan a hacer ellos lo que están pidiendo, que talentos tienen.

Siendo esto cierto, más cierta es, por una parte, nuestra indigencia y, por otra, la voluntad expresa del Señor, de que pidamos aquello que necesitamos. “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá”. Cuando un hijo, una hija, es coherente y responsable, aunque pida erróneamente aquello que hay que denegarle, no por ello se enfada su padre. Pues, el otro Padre, menos todavía. Todo lo contrario, ambos concederán aquello que implícitamente estaban pidiendo “entre líneas” y con la “la letra pequeña”.

La oración de petición

La oración no es monopolio de los cristianos. En todas las religiones se ora. Toda persona que quiera dar sentido a su vida y se enfrente con el misterio o Misterio, ora. Nosotros hablamos de la oración nuestra, la que nos enseñó Cristo, la cristiana. Y lo primero que notamos es que siempre que oramos lo hacemos como discípulos de Jesús, en su nombre. Y, al mismo tiempo, en unión implícita o explícita con nuestros hermanos los cristianos. Es como la garantía de autenticidad. “Yo os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,19-20).

A la vera de un Santuario, como tengo la suerte de estar, y con seguridad en cualquier iglesia parroquial o de culto, constatamos la “piadosa” equivocación de personas que, con toda su buenísima intención “manipulan” –y tratan de que otros “manipulen”- a Dios, “negociando” con él la obtención de determinados favores por medio de oraciones rezadas, repetidas o entregadas a los demás. Normalmente son favores de tipo económico, o de salud o bienestar social o familiar. Nada que ver con la oración cristiana de petición.

Eficacia de la oración

La eficacia de la oración no consiste en lograr que se cumplan nuestros deseos, sino en que Dios nos conceda ser mejores, más humanos y más cristianos, mejores discípulos y seguidores. En definitiva, en que la conversión sea como el “leitmotiv” de nuestra vida. No podemos invertir los términos y buscar en la oración que Dios sea más Dios, que nos ame más, que haga algo más por nosotros y por nuestros seres queridos. Dios ya lo hace. Somos nosotros los que necesitamos cambiar, vivir y actuar más desde su gracia, desde sus planes y sus caminos, porque sabemos que no son los nuestros.

Jesús nos habla hoy de la eficacia de la oración por medio de dos amigos, importuno uno, y oportuno el otro. En contra de lo que se suele pensar, el más importante es el “importunado”, el que está en casa, acostado, con toda su familia, y es molestado e importunado por aquel que se encuentra en un apuro. Éste nos simboliza a nosotros; aquél, a Dios. La pregunta de Jesús es importante: “¿Quién de vosotros... Qué padre...?” Nadie dejaría de levantarse y atenderle, sea por amistad, por hospitalidad o por le dejen en paz. “Pues, si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que lo piden”. ¡Ojo! El Espíritu Santo, el culmen de todos los “panes”, de todos los bienes. El Espíritu compatible con pobreza de bienes materiales, nunca al contrario.

Padre nuestro

El “Abbá”, el Padre, era el motivo y la razón de ser de la oración de Jesús. Desde entonces, lo es también para nosotros. Orar e invocar a un Padre así es recordar que nuestro Dios no está ligado a ningún lugar sagrado, a nación alguna. Nuestro Dios es el Dios de todos y “los verdaderos adoradores del Padre lo harán en espíritu y en verdad” (Jn 4,24).

Jesús enseñó a orar a sus discípulos de entonces y de todos los tiempos con el Padrenuestro. Éste fue su contestación a los discípulos que le pidieron “enséñanos a orar”. Tenemos derecho a pensar que este modelo de oración es el mismo que Jesús usaba en su oración, o sea, la oración que nadie podrá mejorar, válida para todos y para siempre.

Empieza llamando a Dios “Abbá”, exactamente como le llamaba él. Sabemos que esta palabra aramea denotaba la máxima intimidad, la que Jesús tenía con su Padre y la que, salvando todo lo que hay que salvar, quiere que tengamos también nosotros con él. En segundo lugar, esta palabra entraña una cercanía y confianza únicas de Jesús en su “Abbá”, las que quiere también que tengamos nosotros. San pablo lo expresa así: “La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y, si eres hijo, también heredero por voluntad de Dios” (Gál 4,3-7).

No podemos atrevernos a llamar a Dios Padre, sin más, como si sólo lo fuera mío. La palabra “nuestro” entraña otra verdad fundamental: la fraternidad universal. Porque Dios es Padre mío y de los demás, los otros son mis hermanos. No podemos salvarnos, santificarnos en plan particular, sino comunitariamente. No podemos pensar sólo en nosotros, sino en el bienestar de todos los demás. Más adelante, no pediremos: “Dame” sino “danos” el pan de cada día.

Acabo con estas palabras de María Dolores Aleixandre: “El Padrenuestro contiene las enseñanzas más ricas de Jesús sobre la oración cristiana, porque es el paradigma de la verdadera oración cristiana. Urge siempre que reflexionemos sobre él, que lo conozcamos a fondo, que descubramos todo el mensaje que encierra y que, después lo tomemos y lo recemos en serio. El Padrenuestro no puede ser un cajón de sastre que vale para todo y en el que cabe todo. Tomar en serio el Padrenuestro equivale a plantearse en toda su radicalidad todas las cuestiones que se refieren a la oración cristiana. Si somos capaces de rezar el Padrenuestro con coherencia y autenticidad, será señal de que hemos entendido y estamos viviendo una verdadera vida de oración”.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Evangelio para niños

XVII Domingo del tiempo ordinario - 25 de Julio de 2010



El Padrenuestro

Evangelio

Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: - Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos. El les dijo: - Cuando oréis, decid: "Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día el pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación". Y les dijo: - Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene durante la noche para decirle. " Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle" Y, desde dentro, el otro le responde: "No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos". Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?

Explicación

Jesús enseña a sus amigos a orar, es decir a hablar con Dios, de una forma nueva, original y entrañable. " Cuando oréis, decid : Abba (que quiere decir papá). Hasta Jesús, todos rezaban a un Dios lejano, distante, al que pretendía tener de su parte para que todo les fuera bien, como si fuera un amuleto o un talismán. Pero Jesús les enseña que deben tener confianza con Dios, que es sobre todo, papá. Y al papá, decirle también: Que todos reconozcan la bondad de tu nombre. Que llegue pronto tu Reinado. Danos el pan de cada día. Perdónanos, como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación del mal.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DECIMOSEPTIMO DOMINGO ORDINARIO –CICLO C- (Lc 11, 1-13)

Narrador: Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos:

Discípulo 1: Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos.

Narrador: Jesús les dijo:

Jesús: Cuando oréis, decid: "Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación.

Narrador: Jesús continuó diciéndoles:

Jesús: Si alguno de vosotros tiene un amigo, y a medianoche va y le dice: "Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle". Y el que está adentro le contesta: "No me molestes. Ya está cerrada la puerta, y mis niños y yo estamos acostados. No puedo levantarme a darte nada". Si el otro insiste llamando, yo os digo que, aunque no se levante a darle pan por ser amigo suyo, sí se levantará para que no le moleste más y le dará cuanto necesite.

Discípulo 2: Señor, ¿no crees que un comportamiento así, es un poco impertinente?

Jesús: Pues, así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe, quien busca, halla, y al que llama , se le abre.

Discípulo 1: Maestro, ¿no estarás exagerando un poco?

Jesús: ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?

Discípulo 2: Tienes razón, Señor, cualquier padre haría eso por sus hijos.

Jesús: Pues, si vosotros que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández